

Héctor SALINAS FUENTES

Universitat de Barcelona
hsalinas@ub.edu
N.º ORCID: 0000-0003-0907-8261

Raúl NAVARRO ZÁRATE

Universitat de Barcelona
r.navarro@ub.edu
N.º ORCID: 0000-0002-3608-9620
DOI: 10.34810/comprendrev24n2id405925

Article rebut: 08/03/2021
Article aprovat: 20/09/2021

Resumen

En este ensayo exploramos la relación entre la casa y la educación, poniendo énfasis en el lugar primordial que ocupan la casa y la familia en la construcción de seres humanos en su devenir singular. Partimos de la intuición de que a partir de una primera educación, en torno a la casa y a la familia, emerge una impronta que deviene fundamental para nuestras vidas. Tanto es así que en los momentos más sustanciales en nuestras vidas se produce una especie de regreso al hogar. Esto nos empuja a repensar la función educativa de la casa y la familia en las coordenadas ofrecidas por la modernidad, es decir, como microsociedad que es fundamental para que la sociedad funcione.

Palabras clave: educación en el hogar, familia y educación, educación ciudadana, antropología cultural, filosofía de la educación.

Regarding home and education

Abstract

In this essay we focus on the relationship between home and education. We emphasise how home education takes a relevant place on the construction of human beings and the singular development. Our intuition says that home education produces an

imprint that becomes fundamental for our lives. Home is significant in our lives that, at the most substantial moments in our lives, there is a kind of return at home. All this invites us to rethink the educational function of the home and the family in the parameters given by modernity, in other words, as a micro-society that is fundamental for society to function.

Key words: home education, family and education, citizenship education, cultural anthropology, philosophy of education.

1. Introducción

En este ensayo exploramos la relación entre la casa y la educación. Nuestra intuición apunta a que la casa ocupa un lugar primordial en la construcción de seres humanos en su devenir singular, es decir, en su educación. Por tanto, la casa no es un lugar cualquiera sino el primer lugar donde se sucede una primera educación. Una educación que es, como señalaba Kant, condición y efecto de los cuidados, la disciplina y la instrucción.¹ Y que en su relación con la casa pertenece a los períodos sensibles de los primeros años de vida, de la infancia, en los que se configura nuestra *psique* humana. Por eso postulamos que esas influencias educativas nos acompañan en lo que vamos siendo en el transcurso de nuestra existencia. En términos educativos, apostamos por una educación que no se limita a los aspectos instrumentales de la vida sino que estimamos plantearla en términos amplios de repensar las convivencias e interacciones humanas. Educar y educarse apunta a conseguir moverse, a navegar diríamos, en el escenario de la fragilidad que afecta a los asuntos humanos en nuestras sociedades hipercomplejas.

Es por esta razón que, junto a la casa, señalamos también como fundamentales las convivencias que se forjan en esa especie de grupo sostén que es la familia, sea cual sea su configuración. Y además, la relación que tiene la casa con la ciudad, pues lo que se forja en la casa repercute, sin duda alguna, en el escenario social. Casa, familia y ciudad resultan, en cierta forma, indisociables. Por eso la conclusión apunta a que esa primera educación, que se sucede en torno a la casa y a la familia, deviene primordial para nuestras vidas, ya que deja una impronta casi imposible de borrar. Tal vez es por esta razón que, en los momentos más cardinales de nuestra vida —ya sea en la vejez, en la melancolía o, incluso, ante un nacimiento—, se produce una especie de regreso al hogar. Un hogar que no es sino la resignificación de nuestra casa y de lo que ahí hemos vivido. En este sentido, apuntamos a la infancia como ese momento esencial y especial en el que

¹ I. KANT, *Pedagogía*. Madrid: Akal, 2003, pp. 29-30.

se configura la matriz de nuestra mirada sobre el mundo. Una mirada que, en el transcurso del tiempo, se deconstruye y reconstruye según nuestras experiencias de vida y aprendizajes.

Casa y familia, en este sentido, resultan indisociables y fundamento de lo que vamos siendo. Un fundamento que no puede plantearse como determinante sino más bien referencial. Nos alejamos o nos aproximamos, según se estime, de esa matriz referencial en torno a la cual se ha ido construyendo nuestra singularidad. Todo esto es lo que, en realidad, nos empuja a repensar, una y otra vez, la responsabilidad educativa de la casa y la familia en las coordenadas que fueron construidas y significadas en la modernidad, es decir, como microsociedad necesaria para que la sociedad funcione.

2. La Idea de casa

La casa, como idea, la podemos relacionar, al menos de entrada, con el alma, el cerebro y el corazón. Estos elementos comparten entre sí que nos constituyen, nos dan forma y son parte de nosotros en el transcurso de nuestras vidas. Por eso planteamos, en un primer momento, la relación que tiene la casa con el alma, el cerebro y el corazón, que son, en cierta forma, una especie de casa, o al menos remiten a la idea de casa como impronta imborrable y como bastión emocional. En un segundo momento, planteamos desde una perspectiva biológica que la idea de casa nos remite al nido. El nido como estructura arquitectónica compartida con el mundo animal que permite resguardo y dar los cuidados esenciales. El nido y la casa también como espacio/tiempo donde se configuran elementos relacionales. En esta lectura, el nido nos remite a la *homeostasis* y a la *autopoiesis* como dos procesos biológicos que resignificamos culturalmente a través de la idea de la casa en tanto nos permiten la configuración de nuestro propio mundo y la adaptación a los cambios para sobrevivir.

De manera que, para comenzar, aludimos al hecho de que hasta hace pocas generaciones, según se cuenta, muchos nacían en sus casas. Y así se inauguraba, para cada nueva biografía, un viaje hacia la vida que arrancaba en el recinto de un dormitorio. Nacer en casa era un acontecimiento emotivo que venía a sumarse al mundo del corazón que cada quien lleva consigo en su singular viaje existencial. Es, quizá, a esto a lo que llamamos alma. Alma y corazón que son como nuestra casa y que nos acompañan en ese viaje que emprendemos por el mundo. Tal vez esta sea una de las razones de los poetas cuando dicen que la vejez es una especie de regreso al hogar, es decir, a nuestra casa significada como estructura de espacio/tiempo que nos protege de las calamidades del ambiente, pero también como lugar de reunión y centro de las convivencias familiares.²

² Casa y hogar, si bien no son lo mismo en su significado literal, comparten elementos comunes que, en cierta forma, las hacen difícilmente separables. Por eso aquí las utilizamos como sinónimos entendiendo que el hogar tiene un elemento más significativo de las relaciones familiares.

Hillman, en *El pensamiento del corazón*, considera al ser humano un animal artístico.³ Y así valora que cada quien, subjetiva y poéticamente, inventa su propio mundo. El ser humano, como ser creador, construye y reconstruye su mundo sobre su singular percepción sensible. Una percepción sensible que consigue sus primeras estructuras en el hogar. Por eso esta percepción sensible singularizada es la representación de eso que llamamos nuestro yo: nuestra mente, nuestro cerebro. Mente y cerebro que son brotes de una misma semilla, nuestra *psique*. Por eso, cuando nombramos nuestra alma y decimos que es una mezcla de aquellas almas con las que hemos convivido, y de acuerdo con esa convivencia —necesariamente significativa y emotiva—, se reflejan múltiples improntas imborrables. Por estas razones a esta *psique* —que no puede ser sino la misteriosa síntesis de nuestro cuerpo y sus tres cerebros y el contexto— la llamamos pensamiento del corazón, pues es sinónimo de hogar propio. Un hogar que se extiende desde la misteriosidad del cerebro que nos constituye hasta la disolución de la mente en el contexto mundanal.⁴

Desde esta perspectiva nuestra *psique* es como una especie de carta de navegación que nos ayuda a sobrevivir. Un mapa hecho con trozos de otras *psiques* y de herencias evolutivas. Nuestra *psique* está tejida necesariamente, pues, con y de otras *psiques* y permanece enredada siempre con otras. En este sentido, más que de las vivencias, hay que hablar de las convivencias. La idea de la casa como bastión emocional supone en sí misma la idea del nido.⁵ La casa y el nido como un fuego que ampara ante la intemperie, que da protección, cuidados y que, por tanto, encarna la materialización de los vínculos amorosos. La casa es, incluso en la lejanía y en la distancia física, el centro del alma. Un centro que funge como una especie de fuego de vida que permite la homeostasis —es decir, esa suerte de equilibrio que se produce para adaptarse a los cambios y mantener un ambiente interno más o menos estable— a lo largo de toda la vida. Homeostasis no solo como relación biológica con el medio, sino también social y cultural y, en este caso, existencial. El proceso homeostático⁶ —cuya cumbre es el sistema nervioso y que está ligado al propio despliegue de la evolución— puede relacionarse con otro concepto central: la *autopoiesis*.⁷

La vinculación de la *homeostasis* y la *autopoiesis* resulta relevante en tanto que desde la biología se nos envía un mensaje de cohesión y de sentido de grupo, al menos en lo que respecta a la pequeña comunidad. Por ejemplo, Damasio nos presenta la homeos-

³ J. HILLMAN, *El pensamiento del corazón*. Barcelona: Siruela, 1999.

⁴ A. DAMASIO, *Y el cerebro creó al hombre*. Barcelona: Destino, 2010.

⁵ G. BACHELARD, «Los ensueños sobre la infancia», en: J. ABRAMS (ed.), *Recuperar el niño interior*. Madrid: Kairós, 1994, pp. 58-72.

⁶ A. DAMASIO, *El extraño orden de las cosas*. Barcelona: Ariel, 2019.

⁷ H. MATURANA y F. VARELA, *De máquinas y seres vivos*. Buenos Aires: Lumen, 2008.

tasis relacionada con la cooperación. Por su parte, Maturana y Dávila, en *El árbol del vivir*, terminan entroncando la *autopoiesis* con la idea del *homo sapiens amans amans*.⁸ De esto concluimos que es la biología la que se prolonga en la cultura y esta en la vida civilizatoria. Esto, que en el pequeño grupo parece tener el favor de la biología, a nivel de las grandes concentraciones humanas parece ser más problemático.

Por otro lado, cabe resaltar que las convivencias en la casa son las que dejan improntas imborrables que no solo configuran nuestro cerebro, sino que además marcan el rumbo a la mente y al corazón. Damasio nos da un ejemplo de la fuerza de estas improntas convivenciales que al parecer son las últimas en difuminarse. Así nos habla de la reacción cerebral de una mujer que, en estado vegetativo, muestra patrones de actividad cuando el médico le hace preguntas sobre su casa:

La pauta de activación se asemejaba a la que se aprecia en un sujeto normal consciente cuando responde a una pregunta parecida. Y más impresionante aún era el hecho de que cuando a la paciente se le pedía que se imaginara recorriendo su propia casa, las cortezas cerebrales de la región parietal derecha mostraban un patrón de actividad como el que se da en sujetos conscientes normales cuando realizan una tarea similar.⁹

Con este ejemplo se termina de esbozar, pues, la idea de la casa como bastión emocional y como huella que configura ese mundo que llevamos dentro y que nos acompaña en los pasos que damos por el mundo.

3. Casa y familia

La relación entre casa y familia se muestra en una especie de matriz relacional que configura un grupo sostén independientemente de la configuración de esta.¹⁰ En esa matriz relacional entre casa y familia resuena inevitablemente la imagen de un corazón habitado de sensibilidades, de secretos y anécdotas emotivas pero, sobre todo, de narraciones compartidas, vicisitudes de la crianza y la convivencia que tienen su origen en la infancia y adolescencia. Visto así, la casa emerge como una suerte de origen al modo de la concepción del tiempo místico, es decir, un origen que reaparece constantemente. Cada origen singular viene a ser una especie de fuente de río que se hace presente de vez en cuando a lo largo de toda la vida, pero que de forma latente está siempre allí anunciándose. La casa como una especie de eterno retorno de una identidad que, aun-

⁸ H. MATURANA y X. DÁVILA, *El árbol del vivir*. Santiago de Chile: MVP Editores, 2015.

⁹ A. DAMASIO, *op. cit.*, p. 248.

¹⁰ Cabe observar que a la familia como grupo sostén también se le denomina estructura de acogida, por el lugar primordial que ocupa en la hospitalidad de los más jóvenes, la construcción de la memoria y la subjetividad humana (Cfr. J. MELICH y L. DUCH, *Ambigüedades del amo*. Madrid: Trotta, 2009).

que cambiante, pareciera nombrarse invariable más allá del paso del tiempo y de los cambios. Ese origen está siempre presente, explícita e implícitamente, a modo de fundamento, es decir, de sostén del curso de cada vida singular.

Hay que destacar que lo mismo resuena en aquellos en que la infancia y la adolescencia han sido desafortunadas. En su corazón hay un mundo lleno de voces, algunas palabras quizás insonoras y otras, tal vez, turbulentas. Estas voces y palabras resuenan en la conciencia de una infancia distorsionada por el dolor y la tristeza..., pero, sobre todo, por las ausencias.

Si consideramos que el inconsciente es una especie de artesano de nuestras ideas,¹¹ podremos entender un poco más a Rousseau, quien, a pesar de haber abandonado a cinco hijos, nos regaló el concepto moderno de infancia. Quizás esas ausencias marcaran algunas de las vetas de sus teorizaciones... Por esto planteamos que, en esas infancias con ausencias dolorosas y perturbadoras, también resuena —como en todos y al mismo tiempo— otra infancia, la utópica, la que nunca fue, la que no pudo ser. Esta resonancia es, en este caso, doblemente muda en el inconsciente, pues, como afirma Bachelard, «la soledad del niño es más secreta que la soledad del hombre».¹² En esa doble mudez, empero, habitan llamadas desde el silencio, del abismo de cada yo, ecos de ecos interminables que se alimentan en bucle. Dicho está: lo ausente es lo que más se manifiesta en el inconsciente, y lo hace como artesano de lo que somos:

Lo que los niños aprenden en su relación con los adultos con quienes conviven, es la trama relacional de los espacios psíquicos internos y externos que viven con ellos. [...] Nuestro vivir animal así como nuestro vivir humano es fundamentalmente inconsciente, las matrices relacionales que vivimos como los ámbitos operacionales en que se da el fluir de nuestro vivir, surgen en nuestra epigénesis de manera inconsciente. Las conductas conscientes con que queremos guiar la epigénesis del vivir de nuestros hijos dan origen en ellos a procesos inconscientes que no vemos, no determinamos, y no controlamos.¹³

Sea como sea, el latir del corazón no trae a la palabra solo posibles explicaciones, sino, y por encima de todo, narraciones sencillas y cotidianas que suponen la base de lo que nos sustenta psicológicamente. La idea de corazón hace resonar, al modo de parábolas, sentencias, fábulas y narraciones interminables, en esa viva estructura de la familia que, aunque cambiante en el tiempo y la forma, configura siempre un grupo de sostén. Así nos muestra Goody a la familia como elemento fundamental en casi, por no decir todas, las culturas:

¹¹ E. MORIN, *Método. Ética*. Vol. VI. Barcelona: Cátedra, 2009.

¹² G. BACHELARD, *op. cit.*, p. 66.

¹³ H. MATORANA y G. VERDEN-ZÖLLER, *Amor y juego. Fundamentos olvidados de lo humano*. Santiago de Chile: J. C. Sáez Editor, 2010, pp. 258-259.

En primer lugar, no conocemos prácticamente ninguna sociedad, en la historia de la especie humana, en que no fuera importante la familia elemental o nuclear, en la mayor parte de los casos como grupo que comparte la residencia. En segundo lugar, incluso donde la familia no es jurídicamente monógama, en la práctica suele serlo; y la unidad básica de producción y reproducción siempre es relativamente pequeña. Las variaciones de tamaño de las familias ocurren dentro de una franja muy estrecha. En tercer lugar, [...] siempre se tienen en cuenta los lazos consanguíneos (bilaterales). En cuarto lugar, no hay ninguna sociedad en que no sean importantes, sentimental y jurídicamente, los lazos entre la madre y el hijo (y en la inmensa mayoría tampoco dejan de serlo los del padre y el hijo) [...]. A partir de estos rasgos es posible concluir que, por razones generales, en ningún sentido serio ha inventado Europa, dejando de lado el capitalismo, la familia elemental o nuclear, ni tan siquiera la pequeña doméstica.¹⁴

La familia, pues, como grupo sostén o estructura de acogida para que las vidas se desplieguen. Las narraciones de las que estamos hablando y que se suceden en torno a ese grupo sostén que es la familia pasan una y otra vez por el corazón como centro del sentimiento. A estas narraciones el cerebro no puede sino decir sí: así es, así ocurrió, así fue, e incluso, así debe ser. Es el corazón el que llena la mente de narraciones. Del corazón salen bosquejados los elementos del pensamiento, del carácter, de la manera de vivir. Los animales sintientes tienen un corazón habitado por esos seres cercanos que le han acompañado en sus convivencias. Esos seres convivenciales se van metamorfoseando en función del tiempo y del espacio. Esa mezcla de contextos y convivencias se muta en neuronas: esas que fabrican el cerebro, esas que escuchan al corazón y sus historias en forma de narraciones que sobrepasan todas las posibles clasificaciones literarias. Por eso sus formas son múltiples: cuentos, parábolas, técnicas, anécdotas.... Y ese material objetivo-subjetivo nos hace ser, en cada momento, quienes verdaderamente somos.

De la misma manera que un árbol se explica por su clima, nuestro cerebro tiene el sabor y el saber del contexto en el que se ha desarrollado, y aún más, todo el material contextual se transforma en cableado sinóptico. Y no es solo la idea de que el cerebro es único, sino que además se dice que nuestro cerebro es plástico y que aprender es, justamente, ir cambiando ese cableado.¹⁵ En esa configuración del cerebro y, por tanto, en su prolongación, la mente, intervienen todas las variables internas y externas, sean estas de carácter intelectual o moral. Podríamos decir que el mundo externo, todo ese que nos envuelve, se convierte en cerebro, se hace cerebro.

Desde esta perspectiva queda claro que no hay dos cerebros iguales, que el cerebro se construye en contexto y que todo pensar es subjetivo, y —sí y solo sí— localizado. El pensar es, digamos, una especie de respuesta, un resultado. Y si nuestro cerebro nos

¹⁴ J. GOODY, *La familia europea: ensayo histórico antropológico*. Barcelona: Crítica, 2001, p. 14.

¹⁵ F. MORA, *Neuroeducación*. Madrid: Alianza, 2013.

explica, entonces somos lo que hemos vivido. Cada identidad es así una gran mitología fabricada desde la dimensión «autopoiética» del ser humano, que incluye, cabe insistir, elementos racionales e irracionales.¹⁶ Por el desarrollo del cerebro como excepcionalidad, es decir singular y único, se impone la idea de una identidad múltiple.

Para seguir con nuestra representación diríamos que todo esto fabrica un mundo del corazón lleno de mitologías que, desde un cerebro único, se reordenan y resuenan constantemente. Así pues, el mundo del cerebro es, sobre todo, el mundo de una oralidad ligada a la biografía. Alguna palabra escrita hace simbiosis entre el mundo y nuestro cerebro, pero no es la escritura la que nos fabrica, sino la oralidad, toda palabra escrita toma sentido solo si la hacemos resonar en nuestra mente, si la oralizamos, si la ponemos en diálogo en nuestro pensamiento. Así, el hogar es un mundo nacido desde la convivencialidad pre-escritura, no de letras escritas, sino de letras sonoras habladas por voces reales, cercanas y vinculantes. Cuando una palabra escrita —e incluso un concepto— alcanza significado, es porque la sonoridad de cada mente le da vida. Por eso la idea de educar, quizás, tenga que ver primordialmente con el hablar directamente a ese cerebro en construcción y con palabras contextualizadas. A lo primero pareciera aludir Platón en *Fedro* cuando se refiere a aquel discurso lleno de vida que habla directamente al alma.¹⁷ Y a lo segundo Bruner cuando *En el habla del niño* nos dice que el aprendizaje del habla sucede en contexto, es decir, cuando las palabras están físicamente sostenidas en una atmósfera vivencial.¹⁸

Así, quienes nos educan de manera convivencial lo hacen dentro de una atmósfera que enseña y deja aprender, que produce aprendizajes por inmersión, en donde hay modelos que forman, palabras, objetos, relaciones emocionales, sucesos formativos que se dan en el marco de una situación de cuidados-enseñanza-aprendizajes-formación-instrucción..., todo a la vez, y de manera ciertamente natural. En la casa como lugar de desarrollo, mientras se hace nuestro cerebro, nos hacemos a nosotros mismos...; nuestro cerebro, con su física y su química, se fabrica en esa convivencia familiar, que será lugar de referencia de cada cual en el mundo, tal como afirma Mora.¹⁹ Esta observación coincide con la afirmación de que la estructura de cada sistema nervioso guarda relación con la historia de cada vida y es congruente con la cultura singular, y de hecho las dinámicas conductuales que se generan también están relacionadas con estas —cambios en el emocionar, vinculados a lo que llaman lenguajear— y siempre suponen cambios en la cultura.²⁰

¹⁶ H. MATORANA y F. VARELA, *op. cit.*, p. 46.

¹⁷ PLATÓN, «Fedro», en: *Diálogos*. Vol. I. Madrid: Gredos, 2011, 276a.

¹⁸ J. BRUNER, *El habla del niño*. Barcelona: Paidós, 1995.

¹⁹ F. MORA, *El reloj de la sabiduría*. Madrid: Alianza, 2001.

²⁰ H. MATORANA y G. VERDEN-ZÖLLER, *op. cit.*

Gran parte de lo que somos es fundamentalmente el resultado de esa primera educación familiar que se sucede en casa. En esa atmósfera emotiva, en esa microsociedad, en ese juego de relaciones vivenciales es donde se abren esas llamadas «ventanas plásticas»,²¹ verdaderas aperturas biológico-culturales al mundo y en relación con él. Estas ventanas plásticas, que se abren en función del tiempo de desarrollo, permiten aprendizajes *kairológicos*. Es decir, aquellos aprendizajes que parecen producirse en una especie de momento oportuno y que efectúan una integración de elementos emocionales, sociales, razonamientos, experiencias familiares, motoras, sensoriales, cognitivas, etc. Es en este encuentro entre genes-cultura en donde el cuerpo, con su cerebro y su mente, se pone en relación con el exterior para permitir aprendizajes esenciales.

4. Casa y ciudad

Vemos a través de estas referencias la vinculación estrecha entre el lenguaje, la casa y la proyección social. Entre la casa y la ciudad, entre la casa y la familia, por dejar destacadas las continuidades. Esto mismo se observa cuando establecemos relaciones entre la casa, el lenguaje y la ética. Así, la palabra *ethos* remite a costumbre, a hábitos y, por tanto, a los comportamientos que se dan en ciertas ciudades. Señala, asimismo, las maneras aprendidas en casa por alguien.

Destacamos en torno a esto tres cuestiones. La primera es la relación de la casa con la ética, y de aquí se infiere la importancia que da a los hábitos Aristóteles en su *Ética Nicomáquea*.²² Esto significa que las conductas aprendidas en casa se reflejan en la vida pública. La segunda cuestión es que, además de *oikos*, estaba en uso la palabra *domus* para referirse a la casa. Vinculado a este mismo término, encontramos que alude a cualquier construcción, palacio o casa, y también se encuentra en designaciones más antiguas para los refugios de los animales. *Domus* es, entonces, un término emparentado con domar, con domesticación, y resuena, en este sentido, la idea de asociar a los seres humanos, particularmente a los niños, con los cachorros de animales. Incluso en Atenas encontramos que para sustituir a la palabra «matrimonio» se usa el término *damazo*, en el sentido de subyugar y domar.

Por último, la vinculación entre la casa, la ciudad y el lenguaje humano. El *oikos* —que también designaba las guaridas de animales— solo luego, con la consolidación de la ciudad, se convierte en la morada de los humanos, con las implicaciones civilizatorias que conlleva. En este sentido, destacamos el *Económico* de Jenofonte, donde dice que la ciudad es la multiplicación de las casas que la componen.²³ Las ideas de Jenofon-

²¹ F. MORA, *Neuroeducación*. Madrid: Alianza, 2013, p. 35.

²² ARISTÓTELES, *Ética Nicomáquea*. Madrid: Gredos, 1988, X, 1179b-1180a.

²³ JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates, Económico, Banquete, Apología de Sócrates*. Madrid: Gredos, 1993, VII-VIII.

te apuntan a las características de la casa como morada humana y al lugar de la mujer como su administradora. Por mostrar los efectos de este planteamiento podemos nombrar al arquitecto romano Vitruvio, quien no concibe la construcción de casas sin esa teorización cultural al estilo de Jenofonte.²⁴

Casa y ciudad son por necesidad el lugar de los seres humanos, y en donde la naturaleza, los hábitos y la razón han de conjugarse para llegar a ser seres «buenos y dignos», al decir de Aristóteles: «Ahora bien, buenos y dignos llegan a ser los hombres gracias a tres factores, y estos tres son la naturaleza, el hábito y la razón».²⁵ De esto se desprende la conexión entre ética y educación, pues la necesidad de civilizarse, de aprender a vivir en la ciudad, exige unas costumbres nuevas. De la misma manera conviene destacar con Maturana que somos animales sociales porque lo específico de los humanos es el poseer lenguaje hablado: «Nuestra individualidad como seres humanos es social, y al ser humanamente social es lingüísticamente lingüística, es decir, está inmersa en nuestro ser en el lenguaje. Esto es constitutivo de lo humano».²⁶ Esta idea la encontramos en autores como Heidegger, que habla del lenguaje como la casa del ser.²⁷ O, por poner otro ejemplo, en Wittgenstein, cuando nos dice que el concepto parece estar en el juego del lenguaje como en su casa.²⁸ No está de más decir que el primer juego de lenguaje vital es el que el niño encuentra en su casa y, en esta misma línea, prestar atención a que Heidegger remite también a la casa como lugar fáctico del ser.²⁹

El lenguaje aprendido en casa y sus palabras nunca dejan de participar en la creación y recreación de toda la mitología que se manifiesta en las múltiples identidades del tiempo biográfico, a través del acontecer social y su tiempo mundano. Nuestra biografía es como una genealogía de sucesivas interpretaciones, es nuestra historia y, una vez más, se trata de narraciones rememoradas, reinventadas por la memoria. Todo un interminable juego de complicidades entre el corazón y el cerebro, en donde la verdad no interesa, y lo verdadero es lo manifiesto.

Toda esa mitología que nos mantiene en la conciencia de las vivencias tiene por eje nuestra alma. Mírcea Eliade nos dice que en las culturas primordiales se da una indisoluble relación existencial con un mismo centro para el cuerpo, la casa y el cosmos. Se trata de una especie de origen permanente, centro de la vida y centro de la totalidad:

²⁴ VITRUVIO, *Los diez libros de arquitectura*. Barcelona: Iberia, 2007, pp. 5-16.

²⁵ ARISTÓTELES, *Política*. Madrid: Gredos, 1988, VII, 1332a.

²⁶ H. MATURANA, *Realidad: ¿objetiva o construida?* Barcelona: Anthropos, 1995, p. 13.

²⁷ M. HEIDEGGER, *Carta sobre el humanismo*. Madrid: Alianza, 2001, p. 43.

²⁸ L. WITTGENSTEIN, *Zettel*. Ciudad de México: UNAM, 1997, prop. 391.

²⁹ H. G. GADAMER, *El giro hermenéutico*. Madrid: Cátedra, 2012, p. 82.

La importancia de la perennidad de los arcaicos relativos a la habitación humana. Estos simbolismos expresan situaciones religiosas primordiales, pero son susceptibles de modificar sus valores, enriqueciéndose con nuevas significaciones e integrándose en sistemas de pensamiento cada vez más articulados. Se «habita» en el cuerpo de la misma manera que se habita en una casa o en el cosmos que se ha creado uno a sí mismo. Toda situación legal y permanente implica la inserción en el cosmos, en un universo perfectamente organizado, por tanto, del modelo ejemplar, la creación. Territorio habitado, templo, casa, cuerpo, como hemos visto, son cosmos.³⁰

Como consecuencia: yo, cerebro, cuerpo, casa, hogar y familia se localizan en el centro del mundo de cada cual y allí se instala el alma como centro del cosmos.

De la misma manera que en términos físicos cada cual tiene su manera exclusiva de caminar, en términos espirituales sucede lo mismo. Todo lo que ocurre en la infancia y adolescencia marca maneras de recorrer las geografías físicas y espirituales, o sea, lo existencial, lo social y lo cultural. Y orienta, en términos generales, la manera de hacernos humanos, de desplegarlos como seres vivos, de interpretar y de afectarnos por los acontecimientos. Marca, por tanto, la *autopoiesis* y las maneras homeostáticas en términos culturales. Aquí parece hacerse manifiesta esa tesis, tan presente en distintos ámbitos del conocimiento: lo que ocurre en la infancia y adolescencia marca nuestro futuro, con esas huellas entramos en el mundo social. Por eso se destaca que la educación en la infancia determina cómo seremos de adultos, o como intuyen las maestras y maestros cuando dicen que al mirar a un niño ven cómo es su familia, así también su singular carácter, o sea, barruntan su destino.

Herencia genética y cultural se mezclan en una suerte de «coevolución»³¹ y configuran cada biografía que desde su casa sale al mundo. Entre la casa, el alma y la biografía hay como un cordón invisible, un cordón umbilical, que nunca se corta:

Estas tesis se resumen en las siguientes proposiciones: la función de la familia consiste en la integración del recién nacido en la cultura durante sus años de formación, es decir, en su acondicionamiento a las normas y a las pautas vigentes en la respectiva civilización [...]. La transmisión de los lenguajes puede servir de ejemplo de cuanto decimos. Y puede verse fácilmente que lo que se diga sobre la transmisión de las pautas idiomáticas es también aplicable a la transmisión de las pautas religiosas, políticas, gnoseológicas, estéticas y económicas que constituyen el sistema de toda civilización.³²

El hogar, los cuidados, la formación y el carácter que se hace destino de cada cual, todo eso nace del contexto en que casa, familia y ciudad resultan indisolubles.

³⁰ M. ELIADE, *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Paidós, 1998, p. 129.

³¹ L. CAVALLI SFORZA, *La evolución de la cultura*. Barcelona: Anagrama, 2007, p. 43.

³² P. SCHRECKER, «La familia como institución transmisora de la tradición», en: *La familia*. Barcelona: Península, 1986, pp. 279-280.

5. Casa y hogar

Desde una perspectiva biológica, huevo, útero, casa y hogar representan el recorrido del tiempo evolutivo hacia la humanización de la joven vida humana. No obstante, en la coyuntura actual, con un modelo de vida que invita al desarraigo, parecen experimentarse algunas dificultades para que la casa devenga en hogar, es decir, en ese espacio significante y significativo como foco y centro de las relaciones humanas.

En una lectura que se desplaza de lo biológico a lo cultural es posible plantear que la casa es más que una estrategia biológica de supervivencia y que, por su importancia cultural, deviene en una especie de imagen del mundo y da cuenta, en cierta forma, del estado en que se este se encuentra.

Del nido a la casa hay un salto evolutivo, ya que es algo más que un simple lugar para evitar la intemperie. La convivencia que se teje en el interior de la casa nos habla de un habitar dentro del cual ya estaría implícita la idea de una casa que deviene en hogar como lugar común para la crianza, es decir, para una primera etapa de la educación en donde los cuidados, las tramas relacionales y la alimentación resultan fundamentales. La crianza de hecho está vinculada a más elementos evolutivos, como son la liberación de la conducta sexual, la familiarización del varón y la tendencia a la monogamia.³³ Prolongando la idea de casa que deviene en hogar, estaría también la disposición biológica de los mamíferos a la preparación del nido como consecuencia de los embarazos, impulsos que también se dan en las hembras humanas.³⁴ Hay en todo lo anterior una continuidad evolutiva, así se confirma en el proceso que va del huevo de los reptiles al útero de los mamíferos. Y de los mamíferos a la casa como contexto humanizado culturalmente y como reproducción del hábitat primordial africano de origen del ser humano.³⁵

Esta coevolución biológico-cultural se concreta, históricamente, desde la familia indoeuropea que con su idea de *pater* y de «gran familia» muestra una cierta continuidad hasta la familia actual.³⁶ Sin entrar en la crítica al modelo patriarcal, por no ser este el lugar, destacamos que esta convivencia no parece ser posible sin la condición amorosa del ser humano:

Lo humano es un modo de vivir conservado de una generación a otra en el aprendizaje de los niños. Lo humano debe haber comenzado unos tres millones de años atrás con el surgimiento de la familia ancestral como un pequeño grupo de adultos, niños y niñas viviendo juntos en el placer de hacer lo que hacían juntos en el compartir alimentos, caricias

³³ I. EIB-EIBESFELDT, *Biología del comportamiento humano. Manual de etología humana*. Madrid: Alianza, 1993.

³⁴ P. CHURCHLAND, *El cerebro moral*. Barcelona: Paidós, 2012.

³⁵ L. MARGULIS, *Microcosmos*. Barcelona: Tusquets, 1995.

³⁶ F. VILLAR, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*. Madrid: Gredos, 1996.

e intimidad sexual. La emoción que hizo el surgimiento y conservación de la coherencia íntima del vivir juntos en el deseo, placer y confianza mutua que constituyó a la familia ancestral, debe haber sido el amar, ya que el amar es el único ámbito relacional en el cual el cuidado mutuo, la ternura y la confianza ocurren como modos permanentes de coexistencia.³⁷

En otro orden de las cosas, entre la familia y la sociedad moderna hay un curioso juego de consolidación y de posterior fragmentación. Bauman, en *Modernidad Líquida*, nos explica que en la modernidad se fomentaba el sedentarismo como forma civilizatoria y que solo posteriormente, en la llamada modernidad líquida, se impone un modo de vida cada vez más marcado por el desarraigo o nomadismo.³⁸

En la sociedad moderna, surgida desde la revolución industrial y de las instituciones políticas modernas, se da un despliegue de fuerzas que conscientemente buscan la consolidación del núcleo familiar. Debido a esto todos los estamentos sociales están interesados en cooperar en la cohesión del modelo de familia moderna y así la convierten en una especie de microsociedad. Por ello, las críticas que hace Foucault³⁹ a las nuevas formas de normalización que se vinculan a las nacientes instituciones sociales se continúan y aterrizan en Donzelot con *La policía de las familias*.⁴⁰ Y, desde un enfoque más psicoanalítico, en Cooper, que anuncia *La muerte de la familia*.⁴¹ Más allá de estas recias críticas a la familia, la institución familiar hoy en día permanece y sigue operando de manera similar al modo de las casas de la ciudad griega. Es decir, la familia sigue siendo el fundamento de la estabilidad social y, a la vez, el elemento crucial de su reproducción. De ahí que nos atrevamos a afirmar que su potencialidad educativa sigue intacta.

La casa, en términos generales, y con validez para todos los tiempos y lugares, se convierte en la posibilidad de hacer y habitar el mundo. Levinas,⁴² en *Totalidad e infinito*, por ejemplo, coincide con Heidegger en que no basta tener una casa sino hay que aprender a habitarla:

La auténtica penuria del habitar no consiste en primer lugar en la falta de viviendas. (...). La auténtica penuria del habitar descansa en el hecho de que los mortales primero tienen que volver a buscar la esencia del habitar, de que tienen que primero aprender a habitar.⁴³

³⁷ H. MATURANA y X. DÁVILA, *op. cit.*, pp. 63-64.

³⁸ Z. BAUMAN, *Modernidad Líquida*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2015.

³⁹ M. PERROT y A. MARTIN-FUGIER, «Los actores», en: *Historia de la vida privada: De la revolución francesa a la Primera Guerra Mundial*, vol. 4. Madrid: Alianza, 1991, pp. 95.

⁴⁰ J. DONZELOT, *La policía de las familias*. Valencia: Pre-Textos, 1990.

⁴¹ D. COOPER, *La muerte de la familia*. Barcelona: Ariel, 1985.

⁴² E. LEVINAS, *Totalidad e infinito*. Salamanca: Sígueme, 1999, pp. 172-174.

⁴³ M. HEIDEGGER, *Conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1994, p. 142.

Ese aprender a habitar es uno de los problemas en la posmodernidad como forma de vida descepada. Tal como lo muestra Sennett cuando nos habla de las dificultades de establecer vínculos más o menos estables dadas las nuevas coordenadas de las condiciones de trabajo que producen desarraigo.⁴⁴ O, por poner otro ejemplo, Panikkar, quien resulta más directo al señalar que las vicisitudes de nuestro tiempo ya no nos proporcionan un hogar: «El desarrelament de l'home modern, tan sovint criticat, consisteix precisament en el fet que la cosmologia científica no és capaç de proporcionar-li una llar⁴⁵ humana. El món científic no és cap llar» [El desarraigo del hombre moderno, tan frecuentemente criticado, consiste precisamente en el hecho de que la cosmología científica no es capaz de proporcionarle un hogar humano. El mundo científico no es ningún hogar].⁴⁶

El tema de la casa, de una casa que devenga en hogar, es importante porque desde una perspectiva antropológica como la que plantea Eliade es un reflejo, una representación del mundo y, por consecuencia, del estado en el que se encuentra:

La casa ideal del mundo moderno debe ser, ante todo, funcional, es decir, debe permitir a los hombres trabajar y descansar para asegurar su trabajo. Se puede cambiar de «máquina de residir» con tanta frecuencia como se cambia de bicicleta, de nevera o de automóvil. [...] Cualquiera sea la estructura de una sociedad tradicional —ya sea una sociedad de cazadores, pastores o agricultores o una que esté ya en el estadio de civilización urbana—, la morada se santifica siempre por el hecho de constituir una *imago mundi* y de ser el mundo una creación divina. Pero existen varias formas de equiparar la morada al cosmos, precisamente porque existen varios tipos de cosmogonías.⁴⁷

Es por ello que a la casa y a la familia como institución, en conexión con las instituciones y sus directrices políticas y educativas, se les encarga la enculturación de las nuevas generaciones. Este fenómeno sociológico tiene su origen en una disposición biológica, pues hay, en términos biológicos, una perspectiva que se nos antoja muy significativa: es la idea del paidomorfismo o neotenia; esto, que ocurre a nivel biológico en los seres vivos, también aparece en los procesos culturales:

⁴⁴ R. SENNETT, *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama, 2000, pp. 20-23.

⁴⁵ La palabra *llar*, en catalán, se utiliza para designar un lugar donde un individuo o grupo habita creando entre ellos la sensación de seguridad y calma. Esta palabra proviene del lugar donde se reunía la familia para encender fuego para calentarse y alimentarse; de ahí la expresión *llar de foc*. Hacemos la traducción a «hogar» en tanto que es lo que más se aproxima a un habitar que es humano, es decir, que reúne a diferentes individuos, da seguridad, acoge e, incluso, alimenta y sostiene.

⁴⁶ R. PANIKKAR, *Invitació a la saviesa*. Barcelona: Proa, 1997, p. 26.

⁴⁷ M. ELIADE, *op. cit.*, pp. 42-43.

De hecho, la naturaleza nos demuestra cómo algunas especies incluso retroceden a una fase larval anterior de su desarrollo cuando su forma adulta se ha hecho demasiada rígida y mal adaptada. Este proceso, la pedomorfosis o neotenia, permite que la forma más joven y menos estructurada (y, por lo tanto, más adaptable) lleve adelante a la especie.⁴⁸

Este enfoque podríamos trasladarlo a la idea de que la vejez va a morir en el nacimiento de una nueva niñez. Algo de esto persiste en aquellas culturas que conservan rasgos premodernos, en donde aún se planta un árbol al nacer un niño; no se trata simplemente de la continuidad hombre y Tierra, es un animismo que une todo con todo.⁴⁹ De la misma manera que el nacer y el morir ocurren en la casa, y, en el mismo sentido, se encuentran entierros en la casa materna, cerrando así el ciclo del nacer-morir.

La casa-hogar es el refugio que genera una confianza latente que no se cuestiona, que está allí dando seguridad existencial y que representa la proyección al mundo exterior y, a la vez, el retorno seguro y acogedor. La casa-hogar, sin embargo, no es para quedarse, es para volver, para regresar desde el viaje físico y espiritual a la vida, porque sin viaje no hay retorno. Las aventuras comienzan desde la niñez. Poco a poco se van descubriendo las distancias desde la casa-hogar a los paisajes físicos y las distancias espirituales, ese tanteo infantil de alejamiento y retorno se traduce en un aumento continuo del radio de su mundo. Inicio y centro en su yo; límite en el mundo propio que incluye los elementos del mundo común, y que al final de la vida parece recogerse sobre sí mismo como el hilo de Ariadna.

6. El regreso al hogar

El viaje de la vida es el viaje hacia la vejez, que es un viaje de retorno al hogar. El regreso al hogar es la utopía al modo de un destino último de todas las biografías, igual que el sueño edénico de las utopías políticas que se han escrito a lo largo de los siglos. Un sueño de llegada a un ideal de abundancia y felicidad, que no es otro que el lugar perdido al inicio de la «historia», es el «jardín del Edén» que marca con su pérdida la proyección humana como futuro paraíso de llegada, que es en realidad un retorno al origen:

El hombre es el viviente que ha sido expulsado de su propia morada, que ha perdido su lugar originario. Es un doble *peregrinus* sobre la tierra: no solo porque su vida eterna será en el paraíso celeste, sino también, y sobre todo, porque ha sido exiliado de su patria edénica.⁵⁰

⁴⁸ H. HENDERSON, «Una guía para montar el tigre del cambio. Las tres Zonas de Transición», en: W. I. THOMPSON (ed.), *Gaia*. Barcelona: Kairós, 2006, p. 143.

⁴⁹ Z. MORA, *Magia y secretos de la mujer mapuche*. Santiago de Chile: Uqbar, 2014, pp. 81-82.

⁵⁰ G. AGAMBEN, *El reino y el jardín*. Ciudad de México: Sexto Piso, 2020, p. 21.

De la misma manera, el viaje a la vejez como regreso a la patria de la infancia (patria o *mater*) no es sino el truco de la necesidad de cura. Cura de ese dolor que la tragedia griega dice ser condición inevitable de aprendizaje humano, ese dolor que es imposible no encontrárselo a lo largo de la vida. Por esto se piensa que no se puede envejecer si no se es capaz de haber aprendido algo de esa sabiduría humana.⁵¹ Sabiduría que viene viajando de generación en generación a lo largo de toda la evolución biológico-cultural: no se puede envejecer sin haber conseguido algo de librepensador y de carácter para las verdades sin paliativos.

La imagen que mejor ejemplifica la casa que deviene en hogar y el regreso que estamos planteado la situamos en los pingüinos de la Antártida, que se agrupan y se aprietan cuerpo a cuerpo para superar las inclemencias del tiempo invernal e incubar sus huevos. Y luego, vuelven a esos territorios, generación tras generación, para reproducirse. Algo similar ocurre con las golondrinas, que regresan a los nidos cada año, y también las mariposas, los salmones y las tortugas que, para desovar, viajan miles de kilómetros para regresar al lugar donde nacieron. Esa impronta natural está también en los humanos, que parecen haber nacido para los abrazos, y de ahí quizás el brotar del lenguaje y la educación... Esa impronta queda recogida en estos versos de Hölderlin que analiza Heidegger: «difícilmente abandona, lo que mora cerca del origen, su lugar».⁵² Esto que nombran ininterrumpidamente los poetas, lo relaciona, en este caso Hölderlin, con el regreso al hogar. Él se refiere a la casa, y con ella el terruño, a la familiaridad del paisaje que se hace carne y espíritu a medida que se va creciendo. El retorno al lugar hogareño, a la infancia y adolescencia, es un retorno vivencial, y significa que existencialmente el alma nunca ha abandonado la casa-hogar.

La vejez es la última infancia, una especie de retorno al corazón, un entrar otra vez con los ojos cerrados en la matriz de la vida. A la vejez se llega solo y con el corazón habitado de seres cercanos, aunque muchos ausentes. Ese mundo de la vejez es similar al del niño, aunque mucho más cargado de mundo y experiencia, pero su tamaño se reduce y vuelven los pasos a tambalear... Se regresa con un corazón envejecido a la casa de la infancia, habitada ella de sombras queridas que no se dejan abrazar. Casa de las sombras, llena de voces y rostros, ojos y miradas. Y aunque nada permanezca físicamente, aunque en el lugar de la casa hayan construido un frío edificio, la vejez empuja la puerta de siempre y ve encendido el permanente fuego y se sienta a escuchar cómo las almas de su alma comienzan a contar historias, y plácidamente se deja atrapar por las narraciones infantiles y sus infinitas parábolas. La casa-hogar es otra vez el lugar de todos los encuentros, de las miradas con las miradas, de las palabras con las palabras,

⁵¹ CICERÓN, *Sobre la vejez; Sobre la amistad*. Madrid: Alianza, 2009.

⁵² M. HEIDEGGER, *Arte y poesía*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 102.

de los silencios con los silencios, de la piel con piel. Allí, hacia donde todas las palabras se recogen silenciándose, este animalillo efímero y tembloroso cava su última casa-hogar en el interior de la mirada serena de una *Gaia* que abre su vientre tan fértil como acogedor e imparable. Entonces, los ojos, que son la sinceridad del alma, se apagan, y si, en ese momento, dos lágrimas se lanzan a desbarrancarse por el rocoso abismo de las mejillas, serán dos gotas de miel sobre la tristeza, mieles o alegrías del vivir, justo para dejar aparecer las respuestas a todas las preguntas habidas a lo largo de la vida: «Lo no dicho en la sentencia —y de eso depende todo— dice más bien que el hombre, en el fondo más oculto de su esencia, no *es* de verdad más que si a su modo *es*, como la rosa, sin porqué». ⁵³

Dicen que la más bella flor del cerebro es el pensamiento, y de la condición humana el amor; quizás queden aún muchos intentos de esta humanidad, demasiado humano, para ir más allá del ego, de la cultura y del propio jardín... Epicuro, en la *Carta a Meneceo*, que según dicen no excluyó a nadie de su jardín, destacaba la prudencia por encima de todo, incluso de la filosofía:

Por ello la prudencia es incluso más apreciable que la filosofía; de ella nacen todas las demás virtudes, porque enseña que no es posible vivir feliz sin vivir sensata, honesta y justamente, ni vivir sensata, honesta y justamente sin vivir feliz. Las virtudes, en efecto, están unidas a la vida feliz y el vivir feliz es inseparable de ellas. ⁵⁴

Quizás habría que repensar la responsabilidad educativa de la casa, de la familia y de la escuela, y de todas las instituciones que nacen con la modernidad... La sociedad actual y el mundo de la educación en particular tendríamos que repensar la cultura que se está construyendo y considerar que ser culto tiene que ver con cultivarse, algo que implica alquimia, antes que mero consumo de cultura.

Dentro del despliegue de la cultura moderna, desde el siglo XVII en adelante, se intenta que la moral vivenciada en la escuela fuese la misma que se vivía en las casas-familias, y esto en correspondencia con los valores de la nueva sociedad naciente. Ahora la cultura del siglo XXI, que implica cuando menos un cambio de paradigma, pareciera estar fallando en cuanto a los modelos sociales, en la que hay, además, claros problemas de autoridad y de disciplina (ambos conceptos suelen ser mal entendidos y se les relaciona con el poder, cosa que no se corresponde con su esencia).

La casa, al fin y al cabo, es un criadero de memes encarnados y sintientes que son encaminados al mundo y un Edén con la puerta abierta.

⁵³ M. HEIDEGGER, *Conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1994, p. 75.

⁵⁴ EPICURO, «Carta a Meneceo», en: C. GARCÍA GUAL (ed.), *Epicuro sobre la felicidad*. Madrid: Debate, 2001, p. 65.

7. Conclusiones

La relación entre la casa y la educación resulta ser inherente. La casa, como hemos visto, representa un espacio/tiempo primordial de una especie de primera educación. Una primera educación vinculada a los períodos sensibles, a nuestros primeros años de vida, en los que se construye nuestra psique. Por eso, esta primera educación en donde los cuidados, las tramas relacionales y la alimentación resultan fundamentales es importante en tanto que establece las bases y la seguridad para dar los primeros pasos en el mundo; educación que solo es complementada con la disciplina y la instrucción. Es decir, solo con los cuidados, con la crianza, no basta, aunque esta resulte fundamental. Disciplina e instrucción son dos palabras ciertamente hoy en cierto desuso, pero que bien podemos traducir actualmente por establecimiento de límites y dominio sobre sí mismo en lo que respecta a la disciplina; y transmisión de saberes en lo que respecta a la instrucción, saberes que permitan a cada sujeto estar en la posibilidad de construir sus propias trayectorias. Algunas de las dificultades educativas actuales, bien mirado, tienen que ver precisamente con la falta de, al menos, uno de estos tres componentes, que son, al decir de Kant, los esenciales para que podamos hablar de educación.

La constitución de la *psique*, entendida como una estructura primordial que nos acompaña y se reestructura a través de nuestras experiencias de vida y aprendizajes, deja improntas imborrables y de alguna manera andamos siempre con la casa a cuestas, pero no en un sentido determinante sino referencial. De esto deviene que la idea de casa se relacione, al menos, con el alma, el cerebro y el corazón como elementos que nos componen y dan forma a lo que somos. En torno a la casa encontramos también una serie de conceptos desde la biología, como la *homeostasis* y la *autopoiesis*, que permiten entender la relación entre la casa y la educación como una estructura primaria que posibilita una suerte de equilibrio que se produce para adaptarse a los cambios y mantener un ambiente interno más o menos estable, además de entender que somos seres auto-poieticos, es decir, que nos autoconstruimos a nosotros mismos, pero siempre en relación a los otros, y nos apoyamos en aquello que la casa, como hemos postulado, significa: estructura primaria, imagen del mundo, trama relacional, entre otras cosas.

En relación a esto último, a las tramas relacionales que se suceden en torno a la casa, la familia emerge como ese grupo sostén independientemente de quienes sean sus integrantes o de cuál sea su configuración. La familia en sentido amplio es esa estructura de acogida en donde tienen lugar las primeras palabras, las primeras narraciones que conforman nuestra mitología. Aquí la oralidad juega un papel importante como palabra viva, dirigida y situada. Además, la familia es el espacio en el que los infantes, para bien o para mal, aprenden a relacionarse con los adultos. La familia como grupo sostén que hace posible que las vidas se desplieguen. Por tanto, concluimos que, a pesar de las críticas a la familia como institución clave de la modernidad, su potencialidad educativa sigue intacta. Y sigue intacta porque, como hemos podido observar, lo que se confi-

gura en su interior afecta a la vida social, es decir, a la escuela, a la calle y, en términos más generales, a la ciudad.

Por todo esto la casa, una casa que deviene en hogar, es decir, en foco y centro de la trama relacional que nos configura, no es un espacio que exista para quedarse, sino que precisamente está ahí como anunciándose para que sepamos que tenemos un lugar al cual volver. Salir de casa y volver a casa es un gesto educativo que nos abre a un camino, a una travesía, en donde algo siempre se trastoca. Por eso volver al hogar es un viaje físico y espiritual, porque sin viaje, sin haber vivido un poco, no hay retorno.

Por último, como es evidente, no hemos abordado la relación de la casa con la escuela; queda pendiente en tanto también es una institución potenciada por la modernidad y que hoy en día se encuentra en el centro de muchas polémicas. Lo que, al parecer, resulta insoslayable es la necesidad de una reforma que trastoque el sentido instrumental de la educación, un sentido que la ha ido vaciando de bienes culturales que permitan a los sujetos establecer una relación crítica con su propio tiempo. Disputar el sentido de la escuela tiene que ver con reconocer esa potencialidad educativa que, en este ensayo, hemos situado en torno a la casa y todo aquello que la compone.

Referencias bibliográficas

- G. AGAMBEN, *El reino y el jardín*. Ciudad de México: Sexto Piso, 2020.
- ARISTÓTELES, *Política*. Madrid: Gredos, 1988.
- ARISTÓTELES, *Ética Nicomáquea*. Madrid: Gredos, 1988.
- G. BACHELARD, «Los ensueños sobre la infancia», en: J. ABRAMS (ed.), *Recuperar el niño interior*. Madrid: Kairós, 1994, pp. 58-72.
- Z. BAUMAN, *Modernidad Líquida*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- J. BRUNER, *El habla del niño*. Barcelona: Paidós, 1995.
- L. CAVALLI SFORZA, *La evolución de la cultura*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- P. CHURCHLAND, *El cerebro moral*. Barcelona: Paidós, 2012.
- CICERÓN, *Sobre la vejez; Sobre la amistad*. Madrid: Alianza, 2009.
- D. COOPER, *La muerte de la familia*. Barcelona: Ariel, 1985.
- A. DAMASIO, *El extraño orden de las cosas*. Barcelona: Ariel, 2019.
- A. DAMASIO, *Y el cerebro creó al hombre*. Barcelona: Destino, 2010.
- J. DONZELOT, *La policía de las familias*. Valencia: Pre-Textos, 1990.
- I. EIB-EIBESFELDT, *Biología del comportamiento humano. Manual de etología humana*. Madrid: Alianza, 1993.
- M. ELIADE, *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Paidós, 1998.
- EPICURO, *Sobre la felicidad*. Barcelona: Debate, 2001.
- E. FROM, M. HORKHEIMER y T. PARSON, *La familia*. Barcelona: Península, 1986.
- H.-G. GADAMER, *El giro hermenéutico*. Madrid: Cátedra, 2012.
- J. GOODY, *La familia europea: ensayo histórico antropológico*. Barcelona: Crítica, 2001.
- M. HEIDEGGER, *Conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1994.
- M. HEIDEGGER, *Carta sobre el humanismo*. Madrid: Alianza, 2001.
- M. HEIDEGGER, *Arte y poesía*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

- H. HENDERSON, «Una guía para montar el tigre del cambio. Las tres Zonas de Transición», en: W. I. THOMPSON (ed.), *Gaia*. Barcelona: Kairós, 2006, pp. 141-164.
- J. HILLMAN, *El pensamiento del corazón*. Barcelona: Siruela, 1999.
- JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates, Económico, Banquete, Apología de Sócrates*. Madrid: Gredos, 1993.
- I. KANT, *Pedagogía*, Madrid: Akal, 2003.
- E. LEVINAS, *Totalidad e infinito*. Salamanca: Sígueme, 1999.
- L. MARGULIS, *Microcosmos*. Barcelona: Tusquets, 1995.
- H. MATURANA, *Realidad: ¿objetiva o construida?* Barcelona: Anthropos, 1995.
- H. MATURANA y X. DÁVILA, *El árbol del vivir*. Santiago de Chile: MVP Editores, 2015.
- H. MATURANA y F. VARELA, *De máquinas y seres vivos*. Buenos Aires: Lumen, 2008.
- H. MATURANA y G. VERDEN-ZÖLLER, *Amor y juego. Fundamentos olvidados de lo humano*. Santiago de Chile: J. C. Sáez Editor, 2010.
- J. MÉLICH y L. DUCH, *Ambigüedades del amo*. Madrid: Trotta, 2009.
- F. MORA, *Neuroeducación*. Madrid: Alianza, 2013.
- F. MORA, *El reloj de la sabiduría*. Madrid: Alianza, 2001.
- Z. MORA, *Magia y secretos de la mujer mapuche*. Santiago de Chile: Uqbar, 2014.
- E. MORIN, *Método. Ética*, vol. VI. Barcelona: Cátedra, 2009.
- R. PANIKKAR, *Invitació a la saviesa*. Barcelona: Proa, 1997.
- M. PERROT y A. MARTIN-FUGIER, «Los actores», en: *Historia de la vida privada: De la revolución francesa a la Primera Guerra Mundial*, vol. 4. Madrid: Alianza, 1991, pp. 93-288.
- PLATÓN, «Fedro», en: *Diálogos*, vol. I. Madrid: Gredos, 2011, pp. 767-841.
- P. SCHRECKER, «La familia como institución transmisora de la tradición», en: *La familia*. Barcelona: Península, 1986, pp. 275-296.
- R. SENNETT, *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- F. VILLAR, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*. Madrid: Gredos, 1996.
- VITRUVIO, *Los diez libros de arquitectura*. Barcelona: Iberia, 2007.
- L. WITTGENSTEIN, *Zettel*. Ciudad de México: UNAM, 1997.
- P. WOHLLEBEN, *La vida secreta de los árboles*. Barcelona: Obelisco, 2016.

Héctor SALINAS FUENTES
Raúl NAVARRO ZÁRATE